

La muerte del aceitunero.

1-188

1

("Las Noticias", Barcelona, 15 setiembre 1899).

[O.C. tomo X]

LA MUERTE DEL **Aceitunero**

«Señores: El cangrejo es inmortal! He dicho»—dice el Papamoscas, y todos nuestros bachilleres aplauden. Y así nos pasamos la vida, sin canales, ni pantanos, ni escuelas de artes y oficios. Somos un pueblo moribundo.

Estas reflexiones, que á todos nos acuden á las mientes hoy, me las sugiere la trágica muerte del infortunado diestro el «Aceitunero,» por la que estoy inconsolable. No se ha llegado á tiempo á cortar la gangrena! No se ha llegado á tiempo... ¡Cosas de España! Aquí jamás llegamos á tiempo! siempre atrasados, que es casi tan malo como andar adelantados siempre, por la misma razón que es tan malo que falte, como que sobre razón.

Si, yo no quiero que corramos tampoco, no! No por mucho madrugar amanece más temprano, así como tampoco por muy temprano que amanezca madrugamos más.

Más volviendo á nuestro tema hay que convenir en que este es un país imposible. Nos empeñamos en no progresar, y nos saldremos con la nuestra. De nada nos sirve la bicicleta; sabemos manejarla, pero ignoramos su honda filosofía.

No en vano han pasado para nosotros tantos siglos de fanatismo; no en vano se llevaron los autos de fe á nuestra crema; no en vano se expulsó á los moros y á los judíos y se dejó volver á los jesuitas; no en vano alzó Felipe II el Escorial! Para nosotros están de más los maravillosos adelantos de la antisepsia. Sombra de Miguel Servet (retrómecete!

Si, no existen para nosotros los adelantos de la antisepsia (palabra griega que significa «contra-putrefacción»).

Si antes de lanzar á la clásica y cruenta arena al noble bruto, se le desinfectaran y esterilizaran cuidadosamente



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES

A.S.2/229

las astas, tratándolas por los medios antisépticos ó sease contrapútridos, con una solución de sublimado corrosivo al tanto por ciento que prescriba la ciencia, no tendríamos que deplorar desgracias como la del infortunado diestro el «Aceitunero».

¡Pobre «Aceitunero»! El, tan bravo, tan gallardo, tan elegante gladiador, tan castizo, tan clásico... muerto! Muerto, sí, y no á astas del noble jarameño precisamente, si no á la insidiosa invasión de los perniciosísimos microbios de que verbeneaban las sangrientas astas.

Dió el compasivo público un grito de horror al verle volteado y pisoteado luego por el toro, pero no pudo ver al pobre diestro víctima de los microbios. Ni aún los doctores lo vieron! Claro está! No llevaban microscopio al caso. (¿Sabrán manejarlo?) Todo se les volvía tomarle el pulso y ponerle el termómetro bajo el sobaco, que es como á burro muerto la cebada al rabo. El termómetro, señores doctores, sirve, para que ustedes lo sepan, para averiguar la temperatura de los objetos que se le arriman mediante la dilatación ó contracción del mercurio, pero el termómetro no indica más que el grado de la fiebre y la fiebre es un efecto, y no hay efecto sin causa. Y no nos vengan ustedes con uno de sus «post hoc, ergo propter hoc,» sofismas bien clasificados en los libros de lógica desde Aristóteles acá y sofismas sin embargo que privan en esta tan noble cuanto infortunada España.

La causa! la causa! sí, hay que descubrir la causa de la fiebre, y ésta no nos la revela más que la bacteriología moderna. ¡Oh, la bacteriología! ¡Qué inmensos horizontes no abre á la terapéutica del porvenir!

La cirugía se hace cada día más conservadora... conservadora liberal, claro está. Vale más prevenir que curar, dice el viejo aforismo, que si no es de Hipócrates merece serlo. ¡Vale más prevenir que curar! Medidas profilácticas ante todo.



Si en este pobre país hubiese gobierno, ya se habría mandado fumigar cuidadosamente el redondel antes de cada corrida, fumigar los trajes de facna de los diestros, obligarles á tomar un baño antiséptico y así. Pero lo que es inconcebible, lo que no tiene disculpa, lo que no se comprende más que en este país de la eterna incuria y del expedito eterno, es que no se esterilicen siquiera las astas del bicho, que es lo menos que se puede hacer.

Bien está que no se embole al bruto ya que á ello se oponen las venerables tradiciones de nuestros mayores, y nadie más respetuoso que yo hacia la savia misma que mantiene nuestro espíritu. No, no quiero que nos descastemos en un amasijo sin caracter ni individualidad, peculiar y propia, no! Que no les embolen las astas, pero que se las desinfecten, por piedad!

Hay que saber aunar la tradición y el progreso, hermanar la libertad y el orden, la razón y la fe... Dios, Patria y Rey; libertad, igualdad, fraternidad; paz y justicia; agricultura, industria y comercio; prudencia, justicia, fortaleza y templanza... es lo que necesitamos! Toros en puntas, sí, en puntas, pero esterilizadas éstas. Que se defiendan solo, sin microbios traidores.

Porque el toro es la nobleza, la bra-

vura franca, la ingenuidad misma, y el microbio es la villanía, la traición, el engaño. «Yo no he venido á lidiar con bacterias!» pudo haber dicho arrogantemente el infortunado «Aceitunero,» parodiando á Felipe II cuando dijo lo de la Armada Invencible. Y si no lo dijo fué porque el malogrado diestro no conocía á las traicioneras bacterias, y porque él, originalísimo siempre no parodió nunca á nadie. Su única parodia ha sido la muerte, porque en ella, ¡ay! todos somos iguales.

¡Pobre España! Mientras los bachilleres aplauden al Papamoscas que ha descubierto la inmortalidad del cangrejo, muere el infortunado «Aceitunero» por no haberse desinfectado á tiempo las astas del «Lobuno»!

Miguel de Unamuno



[Las Noticias,

Barcelona
15. IX. 1899]

4.5.2/229